

TEMES

Cercles. Revista d'Història Cultural 15/2012: 93-110

ISSN: 1139-0158

CONMEMORAR AL ILUSTRE: HOMENAJES Y GENEALOGÍAS INTELECTUALES

Alexandra Pita
Universidad de Colima

RESUM. La memoria es un entramado complejo de significados y acciones, influenciados por las necesidades de un presente que busca legitimarse en el pasado a través del recuerdo. Estas variadas interpretaciones pueden irrumpir con fuerza en conmemoraciones como los homenajes fúnebres de intelectuales, al ser momentos donde en un mismo espacio se producen numerosas tensiones y disputas por un capital simbólico determinado. Tomando como marco la historia intelectual, esto nos lleva a reflexionar y plantear las características de estos rituales cívicos y de qué modo estos eventos son útiles para pensar la conformación de genealogías intelectuales.

PARAULES CLAU. Homenajes, intelectuales, memoria, genealogías y generaciones.

ABSTRACT. Memory is a complex of meanings and actions influenced by the needs of a mind that seeks to legitimize itself in the past through remembrance. These varied interpretations can break strongly in funerals tributes and commemorations of intellectuals, being where lead times in the same place numerous tensions and disputes over symbolic capital determined. From the reflections of intellectual history, From the reflections of intellectual history addressing the need to analyze the characteristics of these civic rituals, to questioning how these events are useful for shaping thinking intellectual genealogies.

KEY WORDS. Tributes intellectual, memory and genealogies.

Introducción

Todo acto relacionado con el recordar se inscribe en los usos de la memoria. Implica una diversidad de opiniones entre el consenso generado en el interior de un grupo y el disenso de otro que de igual modo esgrimen la legitimidad de su recuerdo. Tanto su culto como su olvido llevan implícito el peligro de suprimir la memoria colectiva mediante la eliminación de huellas que den cuenta de su existencia o a través de la utilización sesgada de determinadas evidencias para evitar recuerdos molestos. Requiere de una selección de aquello que será recordado u olvidado, recuperando y utilizando los recuerdos como mecanismos influenciados por las necesidades de un presente-pasado que busca legitimarse.¹

A modo de marcas, la memoria se encuentra en permanente elaboración al cambiar sus interpretaciones a medida que los actores sociales involucrados en esta práctica social le asignan un nuevo valor. Así, el análisis de este tipo de significados implica tomar en cuenta el contexto político en el que se desarrollan las estrategias y los proyectos de los actores, historizando la memoria. Eventos conmemorativos por naturaleza, fechas felices o infelices según sea la política de la memoria que se manifiesta a través de ella, los homenajes son producciones posteriores en las que se reinterpretan los sentidos iniciales de un acontecimiento (o sujeto) que es recordado.²

Es en esta práctica donde aparece con claridad la posibilidad de detectar las continuidades y los cambios identitarios, las numerosas tensiones sociales y políticas. Por ello, y más allá de sus mitificaciones y falsificaciones implícitas en el recuerdo, la política de la memoria se manifiesta en la conmemoración para construir una tradición que, más que preservar memorias colectivas, cumple con la función de formar y

¹ Sobre las implicaciones que este tipo de manejos ha tenido en la historia contemporánea remitimos a la reflexión de Tzvetan TODOROV, *Los abusos de la memoria*, Madrid, Paidós, 2000.

² Ver Elizabeth JELIN, «Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”», en Elizabeth JELIN (comp.), *Las conmemoraciones en España y Argentina*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pp. 2 y 141-151. También Elizabeth JELIN, «Fechas de la memoria social. Las conmemoraciones en perspectiva comparada», *Íconos*, n. 18, enero de 2004, p. 143.

preservar una identidad que se organiza en función de las estrategias de los sujetos sociales.³

Así, y a diferencia del relato histórico que debe construir una visión a partir del diálogo establecido con documentos, la memoria como acto múltiple de lo vivido parte de la experiencia individual o colectiva para transmitir relatos ambiguos, contradictorios, que pueden diferir según el momento histórico. Lejos de ser considerado una falla, esto es una característica inherente, por lo que ya sean relatos «resistentes o funcionales al poder», su fidelidad radica «en la conexión de sentidos que permita reconocer y vincular los procesos como tales, con sus continuidades y sus rupturas, antes que de la rememoración de acontecimientos, entendidos como hechos aislados».⁴

No es casual entonces que la memoria se haya convertido en un campo fecundo, dando lugar a una especie de boom historiográfico en las últimas décadas, una tendencia de la cual se ha alimentado la historia política para sus interpretaciones.⁵ Aunque motivada por otros problemas, la nueva historia cultural, y más específicamente, la historia de la memoria entendida como memoria social o cultural, también se ha preocupado por el tema de las conmemoraciones. De hecho, desde la publicación de los volúmenes de Pierre Nora sobre la memoria nacional en Francia, es manifiesta la preocupación por resaltar la importancia de los esquemas o estereotipos en las memorias históricas a partir del recuerdo mantenido en libros, edificios y conmemoraciones patrias.⁶

Para ahondar en esta heterogeneidad de los usos de la memoria y aportar nuevos enfoques al campo específico de la historia cultural e

³ Manuel PÉREZ LEDESMA, «La construcción de las identidades sociales», en Justo BERAMENDI y María Jesús BAZ (eds.), *Identidades y memoria imaginada*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008, pp. 19-42.

⁴ Pilar CALVEIRO, «Los usos políticos de la memoria», en Gerardo CAETANO (comp.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, Buenos Aires, Clacso, 2006, pp. 359-382.

⁵ En América Latina la cantidad de trabajos al respecto es numerosa, por lo que me remito a señalar como posibles vías de abordaje aquellas que han ocupado a los investigadores recientemente en relación con el festejo de los centenarios y a los golpes de Estado. Ver Christian DEMANGE, «La construcción nacional vista desde las conmemoraciones del primer centenario de las guerras de independencia», en *Sombras de Mayo, mitos y memorias de la Guerra de Independencia en España (1808- 1908)*, Madrid, Colección de la Casa de Velázquez, 2007, pp. 111-134.

⁶ Peter BURKE, *¿Qué es la historia cultural?*, Barcelona, Paidós, 2006, p. 87.

intelectual, el presente trabajo reflexiona sobre un tipo de conmemoraciones específicas: los homenajes realizados a intelectuales «ilustres» en el momento de fallecer o al cumplirse aniversarios posteriores de su muerte.⁷ A modo de reflexión teórica, pretendemos representar los homenajes como rituales a través de los cuales se pone en escena una batalla simbólica por hegemonizar relaciones de valor que dan sentido a la conceptualización que tiene el intelectual de sí mismo como actor social.

Consideramos que aunque existen distintos tipos de homenajes que se llevan a cabo en distintos momentos de la vida de un intelectual (con motivo de un viaje, un premio, el retiro o simplemente para reunir a un grupo determinado), es en los homenajes fúnebres donde se escenifican mejor las estrategias y los mecanismos de representación que nos permiten comprender las características del campo intelectual por dos motivos.⁸ Inicialmente, porque permiten observar cómo la evocación redimensiona al homenajeado dotándolo de elementos simbólicos similares en su magnitud a los de un héroe cultural. Además y simultáneamente, la realización de los homenajes permite analizar la disputa y apropiación simbólica dentro del campo intelectual, al declararse los individuos pertenecientes a esta comunidad sus legítimos herederos para construir filiaciones a modo de genealogías intelectuales que intentan capturan para sí el capital cultural del homenajeado.

El escenario ritual

Una conmemoración es una ceremonia que se realiza para recordar a alguien o algo, en un acto de carácter público o privado, cívico o religioso. Habitualmente lo asociamos a las conmemoraciones cívicas orquestadas

⁷ Al tratarse de conmemoraciones, los homenajes denotan la singularidad del homenajeado a través de numerosos calificativos que hacen de esta figura una representación digna del ámbito cultural, científico o literario. Entre ellos es reiterativo el de «ilustre» o, de modo implícito, el de aquellos que hacen referencia a su sabiduría o conocimiento, recuperando con ello posiblemente el sentido histórico-pedagógico del movimiento ilustrado.

⁸ Tomando como imagen la de un «campo magnético» donde se encuentra un «sistema de líneas de fuerza» que interactúan oponiéndose o agregándose, la noción de campo intelectual de Pierre Bourdieu nos remite a la forma en que se distribuye en un momento histórico este sistema compuesto por fuerzas, que están determinadas por su pertenencia, transmitiendo la «estructura específica» de cada campo. Pierre BOURDIEU, «Campo intelectual y proyecto creador», en Jean POUILLON et. al., *Problemas del estructuralismo*, México, Siglo XXI, 1971, p. 135.

por un Estado preocupado por recordar aquellos momentos fundacionales, batallas y héroes que dan fundamento al nacionalismo imperante. Así, los calendarios cívicos nacionales poblados de actos conmemorativos buscan inculcar en los ciudadanos elementos de cohesión a través de la actualización de la memoria nacional.

Como instrumentos de imposición o de legitimación del poder, contribuyen a la violencia simbólica de una clase sobre otra a través de los conflictos cotidianos que libran los especialistas de la producción simbólica (como microcosmos de la lucha simbólica entre clases).⁹ Sin embargo, esta «performance» constituida por una «lógica metonímica» traspasa las reglas del discurso convirtiéndose en una actuación dialéctica de lo social donde se mide la eficacia de la práctica ritual. Por ello, analizar discursivamente un ritual se convierte en un metadiscurso que adquiere validez a través de su adecuación al resto del juego discursivo de una comunidad, en especial de los discursos que sustentan los «mitos históricos fundacionales».¹⁰

Como en otros rituales, los significados de la palabra y las acciones adquieren un lugar predominante, al proyectar las funciones simbólicas que ayudan a entender las relaciones entre valores que dan sentido a la experiencia. Al movilizar sentimientos, deseos e intereses tanto como saberes y emociones, es necesario interrogarse sobre la práctica en contextos y sujetos específicos, tomar en cuenta la manera en que se modifican en el tiempo para detectar las interpretaciones en conflicto que pudieran surgir. Por todo esto, puede plantearse la necesidad de observar estas celebraciones a partir del carácter transgresor con respecto al orden instaurado.¹¹

⁹ Cfr. Pierre BOURDIEU, *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 1999, p. 69.

¹⁰ Pedro MOLINA, «Ritos de paso y sociedad: reproducción, diferenciación y legitimación social», en Francisco CHECA y Pedro MOLINA (eds.), *La función simbólica de los rituales, rituales y simbolismos en el Mediterráneo*, Barcelona, Icaria Editorial/Universidad de Almería, 1997, pp. 22-23. Los mitos originarios o fundacionales significan para toda sociedad una «matriz fundante socio-cultural», al constituirse como «paradigma» de significados que tienen un valor empírico y simbólico que se encuentra historizado y que puede ser comunicable.

¹¹ Rodrigo DÍAZ CRUZ, *Archipiélago de rituales. Teorías antropológicas del ritual*, México, Anthropos/UAM, 1998, pp. 13-14 y 306-310. Si bien este sentido de ritual lleva implícito una unidad cultural porque permite analizar la vinculación entre el discurso teórico y la acción que engendra, el autor plantea la necesidad de retomar aquello que ha sido olvidado en la historia de bronce del ritual: una «teoría salvaje del ritual» a partir de la caracterización de Nietzsche de las celebraciones dionisiacas opuestas al orden apolíneo para comprender las transgresiones a instituciones y normas en los rituales.

Esto implica la puesta en marcha de una «teatrocracia» como dispositivo destinado a producir efectos similares a los ejecutados en una representación teatral en la que el actor político debe comportarse en relación con lo que la sociedad espera de él y el sistema de poder que pretende conquistar o mantener, y para ello, no puede utilizar únicamente la fuerza. Como operación de legitimización, los actos deben relacionarse con «la producción de una serie de imágenes, la manipulación de los símbolos y su ordenamiento en un cuadro ceremonial». Esta teatralidad política se agudiza cuando se trata de un personaje de arraigo colectivo en torno al cual se movilizan las adhesiones: un héroe cultural, al cual se exalte a través de una serie de conmemoraciones que suelen estar relacionadas con las circunstancias vitales.¹²

Otro aspecto significativo de este cuadro ceremonial es el espacio donde se realizan las conmemoraciones. El análisis de estos lugares nos remite a las estructuras de sociabilidad del campo intelectual, tanto porque es en ellos donde transcurren los homenajes como porque su elección es un acto de posicionamiento, que genera al mismo tiempo un sentido de pertenencia entre los involucrados y de diferenciación con los excluidos. Así, estos escenarios pueden ser vistos con un fin interpretativo y consagradorio, como expresión para alcanzar visibilidad y reconocimiento tanto dentro del grupo de origen como fuera de sus límites mediante la incorporación de la opinión pública. Sea cual fuera la intencionalidad de esta incorporación, es evidente que cumple un papel sustancial aunque su actuación sea secundaria (similar al del coro que acompaña a los protagonistas).

Al contrario que la manifestación callejera espontánea, las conmemoraciones exigen orden como una forma de dominio de un grupo político sobre otro en un intento por controlar algún tipo de violencia subversiva que la amenace. Por ello es comprensible que el espacio público

¹² George BALANDIER, *El poder en escenas: de la representación del poder al poder de la representación*, Buenos Aires, Paidós Studio, 1994, pp. 15-19, 23 y 37. La importancia del análisis de esta teatralidad política como espectáculo público productor de sentidos del presente a partir del pasado, puede rastrearse desde la obra de Marc Bloch sobre los poderes curativos atribuidos a los reyes taumaturgos. En él se pone de manifiesto el simbolismo utilizado por la monarquía para legitimar su poder a través de actos como las coronaciones, los funerales o las entradas formales a las ciudades. Marc BLOCH, *Los reyes taumaturgos: estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*, México, FCE, 1988.

de la memoria urbana se dirima en lugares significativos como cementerios, parques, plazas y centros históricos hacia donde se dirigen las procesiones cívicas para desarrollarse.¹³ Como un elemento simbólico más, durante la ceremonia puede develarse un monumento al homenajeado, que, una vez instalado, puede convertirse en el lugar donde se realicen nuevos homenajes en el futuro. Como signo del pasado, el monumento tiene la función de perpetuar el pasado-presente del recuerdo.¹⁴

Señalizado con marcas visibles, el espacio cultural diseñado por esta práctica fija coordenadas al trazar una línea perimetral que demarca los contornos que establecen a modo de puntos cardinales una cartografía del homenaje. En el caso de que éste sea fúnebre, esta territorialidad puede incluir desde el lugar donde se realiza el velatorio (teatros, universidades, paraninfos) y el entierro (cementerio), hasta las calles que incluyen el recorrido para ir de un sitio a otro y los puntos relacionados con estos recorridos. Cuando los homenajes se realizan posteriormente al cumplirse aniversarios de la muerte de un intelectual, estos espacios suelen ser más restringidos debido al menor número de participantes y a que éstos se congregan para rendir honores en un solo lugar, aunque puede darse el caso de que ante disputas por el recuerdo se realicen varias conmemoraciones simultáneamente en el tiempo pero en espacios distintos. Para comprender esta trama de intencionalidades es necesario repensar el elenco de personas que participa en esta trama.

¹³ Stéphane MICHONNEAU, «La Memoria, ¿objeto de historia?», en Justo BERAMENDI y María Jesús BAZ (eds.), *Identidades y memoria imaginada*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008, pp. 43-60.

¹⁴ En la Antigüedad romana la palabra «monumentum» se utilizaba para todo aquello que pueda perpetuar el recuerdo, incluyendo los acontecimientos conmemorativos como los decretos del Senado. Posteriormente, tiende a especializarse el sentido para hablar de una obra de arquitectura o escultura con fines conmemorativos (arcos, pórticos, columnas) y de monumentos funerarios destinados a transmitir el recuerdo de la muerte. Hacia fines del siglo XIX se puede hablar del triunfo del documento (entendido según el positivismo únicamente como texto) sobre el monumento, pero este triunfo fue lento dado que aún en ese siglo se utiliza el término «monumento» para referirse a las grandes colecciones de documentos. En el siglo siguiente, se produce lo que se denomina la revolución del documento, por la cual, si bien el concepto de «documento» no era modificado, sí era ampliado y enriquecido para desmontar la relación documento-monumento a partir de más de una técnica sin aislar «los documentos del conjunto de los monumentos de los que forman parte». Jaques LE GOFF, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 227-233 y 239.

Los actores de la trama

Como productores de sentido comprometidos con lo social, los intelectuales participan en mayor o menor medida de las conmemoraciones oficiales, ya sea como críticos o como soporte del discurso oficial, al mantener el principio de que su compromiso social implica una actitud de aceptación o rechazo de cualquier actividad pública.¹⁵ Si la identidad de un grupo intelectual se define a partir de una postura contrahegemónica al tomar el ámbito de la cultura como una opción para alcanzar la esfera pública, las «naciones intelectuales» crean sus propios discursos sobre la nación.¹⁶

En este sentido los homenajes se pueden considerar actos públicos enfocados en el campo intelectual para crear sus propias prácticas y sentidos. Inicialmente podemos pensar que, salvo cuando esté involucrado el interés del Estado y el grupo encuentre en esta alianza una posibilidad temporal de legitimación, se trata de ceremonias más o menos reducidas donde el público se compone de intelectuales acompañados –según sea el caso– de algún funcionario que, más allá de su cargo, ha tenido alguna relación de amistad con el «ilustre» o bien que participa sólo en representación de las autoridades.

La opinión pública en general es menor o casi inexistente, puesto que ajeno a los medios del campo específico rara vez se entera, y en caso de asistir, se convierte en un espectador de un ritual al cual no fue convocado y, por lo tanto, no le encuentra el mismo sentido que el resto. Como en todo, esta premisa no está exenta de ejemplos que dan muestra de lo contrario, en los cuales, de una u otra manera (aunque sea como espectadores que se agolpan en las calles para ver pasar el coche fúnebre),

¹⁵ A diferencia de la acepción de «intelectual» como técnico que ejerce actividades profesionales especializadas «no manuales» utilizada en ensayos de carácter sociológico y económico, las publicaciones de literatura y política más recientes distinguen al intelectual por su actitud de compromiso. En este sentido, se incluye en él a todos aquellos que «han adquirido, con el ejercicio de la cultura, una autoridad y un influjo en las discusiones públicas». Carlo MARTELETTI, «Intelectuales», en Norberto BOBBIO [et. al.], *Diccionario de política*, México, Siglo XXI, 2002, p. 820.

¹⁶ Como alternativas contrahegemónicas producidas desde el ámbito de la cultura para alcanzar la esfera pública, las «naciones intelectuales» crean discursos sobre la nación contra aquel hegemónico que impera en cada época. Ignacio M. SÁNCHEZ PRADO, *Naciones intelectuales: las fundaciones de la modernidad literaria Mexicana*, West Lafayette (Indiana), Purdue University, 2009, pp. 17-19.

se movilizan numerosas personas. En esos casos, se debe cuestionar el significado para los diversos sectores involucrados, detectando a modo de marcas de identidad los valores y las prácticas asociadas al intelectual fallecido y, evidentemente, su relación con el poder institucional con el fin de comprender la magnitud del evento.

Centrándonos ya en el grupo que protagoniza el homenaje, encontramos al actor principal, el ilustre intelectual homenajeado, cuya presencia se pone de manifiesto a través de uno o más oradores que evocan su recuerdo por medio de palabras e imágenes. El homenajeado mantiene su cualidad como núcleo, a modo de una red egocéntrica que, aun tras su muerte y ahora a través de otros, sigue cumpliendo una función estructural.¹⁷

En torno a él (y a modo de anillos concéntricos si seguimos la imagen de la red egocéntrica), encontramos aquellos que participan en la ceremonia de un modo jerarquizado: los oradores asignados para rendirle homenaje, a los que se suma un público general y posiblemente representantes del gobierno y otras instituciones culturales. De estos tres grupos, centraremos la reflexión en los oradores, al haber sido elegidos (y haberse posicionado) como representantes legítimos de la memoria, por lo que en su calidad de intérpretes del actor principal llegan a ubicarse (temporalmente) en el lugar privilegiado del homenajeado.

No es sencillo determinar si esta dualidad se funde en una sola a partir del recuerdo como recurso retórico o hasta qué punto –y con qué finalidad– se mantiene la distinción entre ambos. Lo que sí queda claro es que esta dualidad constituye su poder a partir del «dispositivo representativo» que le permite «adquirir poder de institución, de autorización y de legitimación como resultante del funcionamiento reflejo

¹⁷ Existen dos enfoques diferentes para analizar una red social: el sociocéntrico y el egocéntrico. Mientras que en el primero las relaciones conocidas (definidas previamente por el investigador a partir de las relaciones que ocurrían entre el grupo de actores) explican las propiedades de una red, en el segundo la influencia de las redes personales a modo de conexiones se traza a partir de un actor específico. Así, se pueden conocer las características cualitativas de los vínculos a partir de una perspectiva de análisis micro para reconstruir el resto del entramado de la red a partir de esta imagen incompleta. M. Antonia OVALLE-PERANDONES, Carlos OLMEDA-GÓMEZ y Antonio PERIANES-RODRÍGUEZ, «Una aproximación al análisis de redes egocéntricas de colaboración institucional», *Redes. Revista Hispana para el Análisis de Redes Sociales*, n. 8, diciembre de 2010, pp. 5-6 y 168-190 (consultado en <http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=93117224008> el 12/12/2011).

del dispositivo sobre sí mismo». En su categoría de representante, hace presente el derecho de llenar una ausencia y el de apropiarse de este poder simbólico, dependiendo en gran parte de la capacidad de gestión de este último el éxito de la representación.¹⁸

Es necesario entonces que el orador incluya al resto de los participantes, utilizando aquello que le permita mantener el control de las emociones y los gestos públicos asociados a ellas: aplausos, gritos, cantos, desfiles, colores, banderas, entre otros.¹⁹ Al compartir en el ritual estos «modos comunes» que centran el foco de atención de los participantes en las emociones, éstas van ganando terreno hasta devenir un elemento dominante que contagia a los participantes de una «efervescencia colectiva» que permite alargar el momento al convertirlo en una cadena de solidaridad. Así, la esencia del ritual es transformar la breve emoción de tristeza que acompaña a los funerales en un sentido de pertenencia a un grupo determinado.²⁰

En este contexto, el buen uso del lenguaje verbal es indispensable para el orador. De carácter laudatorio, las palabras expresadas por un orador mantienen el tono del encomio, como una alabanza en honor de alguien o algo cuyo objetivo es la exaltación de sus cualidades, pero no como una mera enunciación de virtudes académicas y personales (aunque tienda a remitirse a un listado de su producción). El *laudandus* puede ser utilizado para remarcar su superioridad al compararlo con personajes históricos célebres o incluso elementos mitológicos. De hecho, como estrategia para construir el argumento puede enaltecer por medio de un rodeo en lugar de resaltar de manera directa sus propias virtudes.²¹

¹⁸ Louis MARIN, «Poder, representación, imagen», *Prismas, Revista de Historia Intelectual*, n. 13, enero-diciembre de 2009, pp. 135-153.

¹⁹ Stéphane MICHONNEAU, «La Memoria, ¿objeto de historia?», en Justo BERAMENDI y María Jesús BAZ (eds.), *Identidades y memoria imaginada*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2008, pp. 43-60.

²⁰ Collin RANDALL, *Interaction ritual chains*, Princeton (New Jersey), Princeton University Press, 2004, pp. 107-108. En virtud de esto, el sentido de pertenencia entre los miembros del grupo debe ser recreado en futuras experiencias, al utilizar símbolos incluidos en el discurso original recreados a partir del transcurso del tiempo para defenderse de otros (externos). Por ello, la supervivencia de los símbolos, así como la capacidad de crear nuevos, va a depender de la capacidad del grupo de reconfigurarse periódicamente. Collin RANDALL, *The sociology of philosophies. A global theory of intellectual change*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press, 2000, p. 23.

²¹ Eugenia HOWENAGHEL, «El homenaje de Alfonso Reyes a intelectuales latinoamericanos:

Es evidente que en el caso de ceremonias fúnebres estas virtudes y elogios están exacerbados. Se diría que la muerte más que el nacimiento (como suele pasar en el caso de ceremonias de héroes o próceres nacionales) es de especial importancia para el campo intelectual, posiblemente porque el reconocimiento que recibe un intelectual durante su trayectoria académica en vida parece reforzarse ante su muerte, momento en el cual puede ser incorporado al panteón de los ilustres. Sin embargo, una vez alcanzado este puesto nada asegura su permanencia, dado que puede cambiar tanto la política de la memoria oficial del Estado como la de los grupos intelectuales en disputa. El privilegiado puesto será asegurado a medida que sucesivos homenajes vuelvan a ubicarlo en el mismo lugar.

Para esta escenificación, el homenajeado debe ser representado como parte de los «grandes hombres». De modo similar al de aquellos que forjaron la patria, deben resaltarse aquellas cualidades por las cuales merece ser considerado un héroe cultural por su capacidad de crear valores apreciados (al menos por la comunidad con la que se lo identifica). Así, los discursos pronunciados en los homenajes intelectuales dan muestras de numerosos atributos cuasi heroicos que no se limitan necesariamente a la descripción de las capacidades reales que pudieron ser desarrolladas en el ejercicio de la profesión del homenajeado.²²

No es casual, entonces, que el discurso elaborado por el orador utilice elementos que remiten tanto al mundo emotivo como al racional, en un intento por fundir en una sola expresión la justificación de por qué es

un elogio velado de la tradición europea», *Neophilogus*, n. 86, julio de 2002, pp. 391-399. En el caso del intelectual mexicano Alfonso Reyes, el estudio de la autora señala cómo a través del estudio de los numerosos discursos elaborados por el intelectual mexicano para homenajear a otros intelectuales latinoamericanos, puede observarse su valoración de los dos pilares que sustentan la cultura latinoamericana: la cultura europea en general y la de la herencia clásica en particular.

²² En las conferencias pronunciadas por Thomas Carlyle en 1840, estructuradas bajo el tema común del culto a los héroes, desarrolló un análisis de la figura heroica a partir de la caracterización de tipos: como divinidad (Odín), profeta (Mahoma), poeta (Dante y Shakespeare), sacerdote (Lutero), literato (Johnson, Rousseau, Burns) o rey (Cromwell, Napoleón). Al tratar sobre el héroe-literato asume que pese a ser históricamente la última de las formas que adquiere un héroe (datando su aparición al siglo XVIII con la expansión de la palabra escrita en imprenta), tiene en sí las cualidades de los tipos anteriores al desempeñar las mismas funciones intrínsecas en cuanto hacedor de aquello que debía ser hecho para la humanidad. Thomas CARLYLE, *El culto a los héroes y lo heroico en la historia*, México, Editorial Porrúa, 2000.

merecedor de una conmemoración. Es precisamente esta herencia inmaterial que se traslada imaginariamente del homenajeado al que recuerda lo que construye inicialmente el sentido de una genealogía intelectual.

De filiaciones culturales

Al hablar de genealogía pensamos de inmediato en el estudio frívolo de lazos familiares de grupos privilegiados (como la nobleza o la burguesía más acomodada) a los que importa demostrar su pertenencia a un linaje para conservar el poder (económico y político). Sin embargo, como método ha sido utilizado por la historia social, y especialmente por la demografía, para el estudio de las genealogías ramificadas (ascendentes y descendentes) de personajes, familias e incluso grupos sociales.²³

Al trasladar esta preocupación al ámbito de la historia intelectual, encontramos que si bien el sentido genealógico es utilizado con frecuencia al abordar la historia de los intelectuales, existen pocos trabajos que retomen el debate y lo trasladen a su análisis. De manera teórica, la vía de investigación impulsada por Jean-François Sirinelli retoma este concepto al definir su intervención como un estudio tridimensional de «arqueología, geografía y genealogía»: arqueología por cuanto busca las solidaridades originales y aquellas que a modo de estratos van trazando las generaciones; geografía por cuanto consideran indispensable puntualizar los lugares y las redes de la producción intelectual por donde circulan las ideas, y genealogía por cuanto se evidencian las relaciones de filiación que los vincula al pasado.²⁴

Siguiendo este planteamiento, consideramos que el estudio de los homenajes intelectuales puede retomar estas tres dimensiones. La genealógica, al preguntarse por las rupturas y continuidades que se establecen desde el presente hacia el pasado a través de los actores que

²³ Tanto las genealogías ascendentes (que reconstruyen los antepasados de un individuo por vía materna y paterna) como las descendentes (que construyen el cuadro de la descendencia de un personaje del tiempo pasado incluyendo todos sus descendientes vivos o muertos) presentan aún un problema de representatividad, que ha intentado ser superado por los investigadores a través de distintas estrategias de investigación. J. DUPAQUIER, «Genealogías», en André BURGUIÈRE, *Diccionario de ciencias históricas*, Madrid, Ediciones Akal, 1991, pp. 313-314.

²⁴ Françoise DOSSE, *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*, Valencia, Universidad de Valencia, 2006, p. 45.

participan de un homenaje. La de los estratos que utiliza la arqueología, al adentrarse en los significados válidos para un grupo que puede estar compuesto por más de una generación. Por último, el aspecto geográfico nos recuerda que, pese a estar centrados en sí mismos, los intelectuales registran como estrategia de legitimación prácticas desplegadas dentro y fuera de los espacios de sociabilidad tradicionalmente asociados al intelectual.

Si bien esto da un sentido integrador a la genealogía, resta aún reflexionar el modo en que ésta puede ser analizada específicamente para estudiar grupos intelectuales. Algunos estudios de caso han apuntado a reconstruir espacios estructurales donde se insertan trayectorias individuales o incluso obras personales, con el fin de analizar las condiciones generales que determinan la existencia de redes intelectuales. Aquí, se entiende que las genealogías intelectuales sirven para entender la oposición y el conflicto entre posiciones individuales, definiendo con ello el espacio común donde identificar conexiones y vínculos concretos.²⁵

En otros casos, se parte de la identificación de generaciones intelectuales que se distinguen por la manera en que contribuyen a la organización institucional y cultural de una nación, para concebir los vínculos sociales que los unían al presente y al pasado. Así, se cuestiona la falsa imagen que permea la idea de una genealogía intelectual, de que existe una continuidad progresiva, positiva y lineal entre los ancestros y los actores más recientes.²⁶

²⁵ Así, al analizar redes intelectuales del México liberal (1867-1910) el autor reconstruye las relaciones de oposición y solidaridad entre los agentes filosóficos más relevantes para comprender de qué manera se organizan en genealogías intelectuales que mantienen vínculos de oposición o aceptación con la esfera política para dirimir pugnas internas. Alejandro ESTRELLA GONZÁLEZ, «La filosofía mexicana durante el régimen liberal: redes intelectuales y equilibrios políticos», *Signos Filosóficos*, n. 23, enero-junio de 2010.

²⁶ Para el caso hispanoamericano esto implicaría una aparente evolución entre el letrado colonial y el intelectual moderno del siglo XIX, como una misma genealogía intelectual definida por el progreso de las «luces». Como demuestra la autora, tanto los historiadores del siglo XX como sus antecesores asumieron esto para asociar a los precursores de la emancipación política y cultural con los jóvenes promotores posteriores. Sin embargo, estas generaciones no formaron un conjunto homogéneo pues diferían tanto en su sensibilidad política como en su filiación intelectual. El vínculo entonces fue una narración realizada desde la era republicana hacia el pasado, para construir una genealogía intelectual de las naciones republicanas. Annick LEMPÉRIÈRE, «Los hombres de letras hispanoamericanos y el proceso de secularización (1800-1850)», en Carlos ALTAMIRANO (dir.), *Historia de los intelectuales en*

Por todo esto, consideramos necesario preguntarnos por la manera en que la construcción de estos linajes imaginarios lleva implícita una vinculación y de qué forma ésta es distinta en función de las características de aquellos que lo evocan. Así, los homenajes pueden dar muestras de una construcción múltiple al generar una camaradería en dos planos. Uno, horizontal, entre aquellos contemporáneos que buscan la filiación con un personaje de su misma generación con el que han compartido actividades políticas, científicas o literarias. Otra, menos visible, vertical, entre personajes provenientes de distintas generaciones que se ubican como herederos. Para ambos casos cabe mencionar que la proximidad directa no es relevante, puesto que los homenajeados, como cualquier otro referente, pueden incluso convertirse en parte de una genealogía a través de su enunciación.²⁷

Así, y dado que estos lazos de unión se realizan a través de prácticas simbólicas y que la filiación creada transcurre en un espacio imaginado de contornos móviles, la dimensionalidad de esta camaradería es compleja e implica una suma de mecanismos sutiles de apropiación que se encuentran en permanente modificación. Esto implica necesariamente que se contemple la historicidad de cada proceso analizado, tomando no sólo el sentido diacrónico y sincrónico de cada conmemoración, sino una temporalidad que rompe con el sentido lineal del tiempo al establecer relaciones entre personajes distantes físicamente.

Para clarificar esta idea repasemos hipotéticamente cómo podrían ejemplificarse estas formas de vinculación, las cuales incluso pueden presentarse simultáneamente en un mismo evento. Pensemos en una conmemoración determinada, donde algún orador toma la palabra en representación de una generación de intelectuales que gozan ya de cierto prestigio –y edad– para rendir culto a un contemporáneo fallecido. Sus

América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo, Buenos Aires, Editorial Katz, 2008, pp. 242-268.

²⁷ En este sentido, el análisis de las citas en los artículos, notas y editoriales que se establecen en una publicación periódica, permite señalar la manera en que el grupo de colaboradores de la misma construyen genealogías intelectuales. Para un enfoque específico sobre el modo en que un grupo de intelectuales antiimperialistas y jóvenes reformistas argentinos construyeron una red y la manera en que incluyeron en ella a los referentes para crear una filiación con una genealogía liberal decimonónica, remitimos a Alexandra PITA, *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*, México, El Colegio de México/Universidad de Colima, 2009, pp. 69-100.

palabras, cargadas del recuerdo de lo compartido, aluden a un pasado no muy lejano (considerando que generalmente la camaradería se establece a partir de la juventud al realizar los estudios) y al mismo tiempo a un presente desde el cual se justifica por qué es necesario homenajearlo. En virtud de ello, la figura del homenajeadado sirve como elemento de representación y de cohesión a una generación de intelectuales que buscan a través de estos actos reafirmar su presencia y privilegios.

En este mismo evento o en otros, puede hacer uso de la palabra algún orador más joven con el cual probablemente el homenajeadado no tuvo ninguna relación de amistad ni de compañerismo generacional. En este caso, la proximidad se crea en un pasado muy reciente en el cual se estableció un vínculo más o menos formal como discípulo. Para las nuevas generaciones, el homenajeadado se convierte en una referencia cultural fundamental durante sus años formativos para posicionarse en el ámbito cultural y político.²⁸ Sus palabras identifican al homenajeadado como aquel Maestro que guía sus búsquedas y preocupaciones intelectuales a través de su ejemplo y de sus virtudes. No es extraño, entonces, que estos personajes sean identificados como formadores de la juventud, ni que se asocie esta figura a la del discípulo, autorepresentación que cumple con una función legitimadora a través de un vínculo de filiación cultural.²⁹

Conmemorar al ilustre sirve como elemento de creación y cohesión de un grupo generacional de intelectuales (distinto al suyo), al otorgar a los individuos que la componen un reconocimiento público que de otra manera no podrían alcanzar en ese momento, quebrando con ello los límites impuestos al sentido generacional. Dado que las fronteras de lo que se entiende por genealogía se flexibilizan según las necesidades de los participantes en la conmemoración, para crear en un momento determinado

²⁸ En este sentido, Enrique Krauze analizó en un capítulo dedicado a dos representantes de la generación de 1915, Manuel Gómez Morín y Lombardo Toledano, el origen de su formación durante los últimos años de existencia del Ateneo de la Juventud, para explicar cómo estos jóvenes se convirtieron junto a sus maestros en caudillos culturales de la Revolución mexicana. Enrique KRAUZE, *Caudillos culturales en la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 46-73.

²⁹ Para ejemplo de las disputas que pueden generar los homenajes entre oradores de distintas filiaciones y el modo en que los oradores más jóvenes se posicionaban desde el lugar de discípulos del Maestro fallecido, remitimos a Alexandra PITA, «Los homenajes a José Ingenieros y el debate en torno al papel del intelectual», *Revista Complutense de Historia de América*, n. 35, 2009, pp. 69-85.

una mayor amplitud o restricción en el interior del campo intelectual, pensar sobre las genealogías intelectuales nos lleva a replantear lo que se entiende por generación intelectual, y hasta qué punto aquél influye en su definición.³⁰

Conclusiones

Plantear el estudio de los homenajes intelectuales como rituales deja al menos tres reflexiones. La primera es que la discusión teórica sobre los usos de la memoria como política practicada desde dentro o fuera del poder institucionalizado, permite observar desde una mirada más amplia los debates que se generan en estos microespacios conmemorativos. Pensar las prácticas sociales por las que se recrea el mundo simbólico de la cultura como una lucha por imponer una determinada mirada sobre el homenajeado, nos remite a la búsqueda de legitimidad que se organiza en función de las estrategias de los participantes, quienes, más que rememorar un acontecimiento como un hecho aislado, construyen sentidos que permitan historiar la memoria como un proceso incluyente. Es evidente que las representaciones que derivan de esta pugna implican un manejo sutil de aquello que es deseable e indeseable para el grupo, con la finalidad de crear y expresar sentidos de identidad, y que la memoria se traduce en un complejo entramado de acciones precisamente a partir de la capacidad de representar .

La segunda reflexión se deriva de este planteamiento general pero apunta específicamente a la manera en que se producen los homenajes, nos remite a la distinción del escenario implementado y los actores involucrados. Siguiendo la imagen de la pieza teatral, se entiende la necesidad de un ordenamiento cuidadoso de todas las piezas y las partes de la puesta en escena, así como el que este orden es relevante en tanto en

³⁰ Recordemos que, desde el clásico trabajo de Karl Mannheim, al estudiar la situación, unidad y complejo generacional se plantean que el estudio debe tomar en cuenta elementos cualitativos como las vivencias temporales compartidas, las afinidades, experiencias y actitudes aunque éstas sean al mismo tiempo específicas y diversas. Más allá de la aplicabilidad de esta propuesta o de la predominancia de otras interpretaciones, el estudio de los grupos generacionales permite problematizar el debate en torno a los grupos intelectuales. Osmar GONZÁLEZ, «Intelectuales y grupos generacionales», en Laura BACA OLAMENDI, Judit BOKSER-LIWERANT, Fernando CASTAÑEDA, Isidro CISNEROS y Germán PÉREZ FERNÁNDEZ (comps.), *Léxico de la política*, México, FCE/Flacso/Conacyt/Fundación Heinrich Böll, p. 365.

cuanto traduce una jerarquización de la geografía física y humana. Al interiorizarse en las condiciones y sujetos de producción que materializan este tipo de conmemoración, se hace visible lo significativo, es decir aquello destinado a producir efectos para conquistar –o mantener– un capital simbólico. Así, el espacio del homenaje se muestra no sólo como telón de fondo donde los actores proyectan sus afinidades y necesidades, sino como una estrategia para demarcar los contornos de las estructuras de sociabilidad intelectual. Aunado a esto, la atención prestada a los actores involucrados y fundamentalmente a los oradores del homenaje permite observar el despliegue de estrategias utilizadas para dotar la conmemoración de sentido de pertenencia y simultáneamente de exclusión.

La tercera reflexión que se deriva de este trabajo se relaciona directamente con la manera en que los homenajes construyen genealogías intelectuales. A través de mecanismos sutiles de apropiación de la herencia cultural del homenajeado, las filiaciones construidas intentan capturan para sí el capital cultural del homenajeado al posicionarse como herederos de una tradición intelectual. Como observamos, en esta operación es esencial detectar el tipo de vinculación que se establece en estos parentescos imaginarios, ya sea como colegas contemporáneos o como discípulos pródigos, sin perder de vista la tensión que implica la coexistencia de oradores pertenecientes a distintas generaciones. Así, como momento de creación y cohesión de un grupo en permanente conflicto, los homenajes sirven para replantearse tanto el concepto de genealogía como el de generación intelectual. Esto no implica la búsqueda de una homogeneidad conceptual que anule sus diferencias, sino, por el contrario, problematizar las diferencias de grado que puedan existir dentro de una generación para pensar la manera en que esto influye en la construcción de genealogías a modo de identidades colectivas entre los intelectuales.

Hasta aquí, las líneas trazadas pretenden fomentar una reflexión que merece aún otras exploraciones que nos permitan acercarnos, de manera general o específica, al análisis del campo intelectual. Una de esas posibilidades es la temporalidad que se recrea en torno a la memoria del homenaje. Al transcurrir ésta en un tiempo no lineal ni progresivo sino múltiple y complejo, involucra simultáneamente más de una dimensión: el presente-pasado (el evento en sí mismo), el pasado-presente (a través del recuerdo en las evocaciones) y el presente-pasado-futuro (mediante el

posicionamiento de los oradores como herederos legítimos del homenajeado). Esto nos lleva a recordar la obra pionera de Halbwachs (1925), quien planteaba la necesidad de analizar las condiciones sociales de producción de la memoria colectiva, preguntándose específicamente por la manera en que los agentes sociales se apropiaban –y reinventaban hasta cierto punto– el pasado. La pregunta, y sus posibles respuestas, sigue abierta.³¹

³¹ A diferencia del psicoanálisis freudiano, Halbwachs planteaba una teoría sociológica de la memoria, la cual contempla tres presupuestos: el pasado no se conserva sino que se reconstruye a partir del presente; la memoria individual existe en la medida en que participa de una memoria social preexistente y el pasado sirve para justificar las representaciones del presente. Esto implica que el recuerdo es una construcción social y que actúa en defensa de la identidad grupal. Para una interpretación historiográfica sobre la obra de este autor, remitimos a Patrick H. HUTTON, *History as an art of Memory*, Lebanon (New Hampshire), University Press of New England, 1993, pp. 73-90.